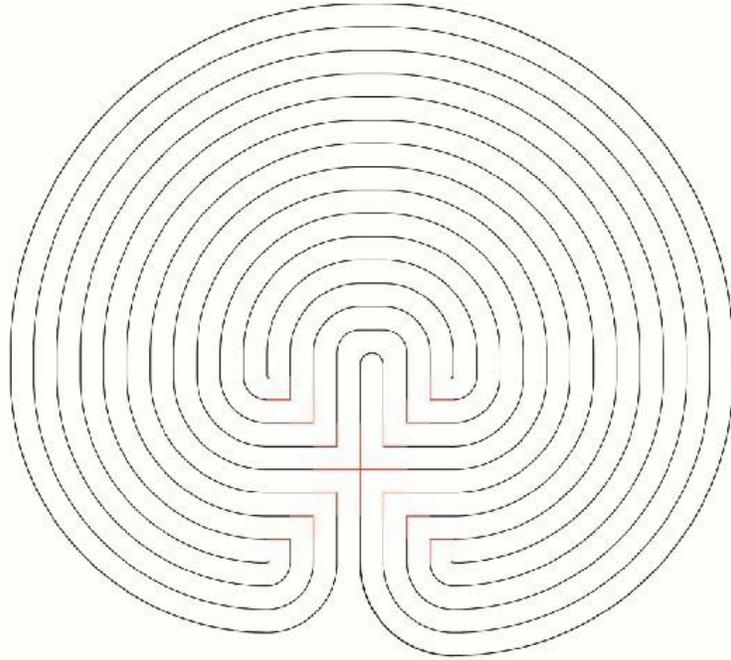


# LA ENAMORADA MUERTE

*"Si tuviera corazón podría amarte,  
porque soy la enamorada muerte..."*



Orlando Diedrich



Αθήνα

# **LA ENAMORADA MUERTE**

**Orlando Diedrich**

© Orlando Diedrich

Primera edición: 2019

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

*“...y murió de parásitos, porque el agua no era potable.”*

\*\*\*

Me disculpo; estaba ultimando un negocio tardío.

Me presento; soy la enamorada muerte.

## Bosque o cloaca

La cosa es más o menos así. Si quieres llegar al otro lado y tener tu trasero a salvo hasta que pase el invierno, tienes que cruzar la frontera cedida a las máquinas 3 generaciones atrás. La maldita migración es necesaria si no quieres congelarte hasta morir, o si aún aprecias tener el estómago lleno y algo de grasa por sobre tus costillas. Emigras o mueres. Y mira que la vida ofrece oportunidades, pues hay dos caminos... por el bosque o las cloacas. Resta decir que nadie escoge las cloacas, porque si bien para las máquinas el invierno es temporada de caza, y uno, como simple humanito desvalido es el premio mayor, siempre es mejor que te descuartice una tostadora y ponga tu cabeza a modo de trofeo sobre un muro, a que un pulgón mutante de las alcantarillas te infecte con sus huevos y te mantenga vivo durante semanas, hasta que sus huevos eclosionen y sus regordetas crías alegremente se alimenten de lo que va quedando de tu persona. ¡Puaj!

Emigrar es necesario y casi obligatorio, pero ¡hey, nadie dijo que sería fácil!

Lo fácil es decidir el camino. Y yo me fui por el bosque.

A poco andar descubrí que no era el único patán retrasado este año. Otros se me fueron uniendo en el camino... el gordo Álex, lento y torpe. La macilenta Irma, siempre temblequeando de frío. Los mellizos Twister y Twist (asumí que eran apodos de la infancia), bien raros ellos dos... pero en fin, el hecho es que tras cuatro días de andar por entre la maleza alcanzamos la alambrada septentrional. Aquí la cosa se iba a poner fea.

Con el paso de los años hombres y máquinas habían llegado a un consenso, una tregua, podría decirse. A ellos se les entregó una amplia y larga franja en torno al ecuador, y los hemisferios norte y sur quedaron para los humanos. Dicen que en los primeros años todo marchó bastante bien, ellos no se metían con nosotros y nosotros les dejábamos en paz. Luego el clima terminó de volverse loco —y esta vez ya de veras— y comenzaron los pulsos helados y las inundaciones ácidas. Se hizo evidente la necesidad de emigrar en invierno. Los del norte tenían que arrancar al sur, y seis meses después, todos juntitos marchar de regreso al norte. Los que se negaron a partir la primera vez, ya no fueron encontrados al año siguiente. Ah, y claro, en medio de todo estaba el terreno concedido a las máquinas. Ellas no se lo tomaron muy bien y diezmaron al 10% del primer grupo —que para algo son máquinas y vaya si saben de cálculos y porcentajes—. El tiempo pasó, las migraciones continuaron, y los ataques de las máquinas se repitieron cada vez con mayor entusiasmo hasta volverse un popular deporte invernal. Hoy en día quedamos tan pocas personas que cuando te encuentras a un compatriota casi montas una fiesta. Antes te toparme con Álex, Irma, Twister y Twist, llevaba como ocho meses sin ver un alma.

Esperamos a que se hiciera de noche, ahora que lo pienso fue bastante torpe de nuestra parte, pues esos chismes mecánicos tienen visión nocturna y nosotros no... pero bueno, así lo hicimos y al comienzo no nos fue nada mal. Abatimos a dos torretas medio oxidadas y sólo tuvimos que lamentar la muerte del gordito, un blanco fácil a distancia. Irma se sacrificó por el equipo y fue derribada mientras intentaba alejar a los galgos plásticos, se perdió en la oscuridad y solo escuchamos sus gritos al ser alcanzada por los *dientudos*. Y ya faltaba poco para cubrir el terreno final hasta el río, una vez lo cruzáramos estaríamos en casa.

Retrospectivamente comprendo que deje pasar muchas señales. ¿Un gordo? ¿En serio? ¿Quién puede darse el lujo hoy en día de tener sobrepeso? Y los mellizos, trabándose siempre al hablar, terminando uno las frases del otro... y la buena de Irma, con esa piel tan dura y helada,

siseando continuamente y llena de tics nerviosos... que ahora comprendo eran cortocircuitos producto de la humedad y el fango. Cuando comencé a sospechar ya solo uno de los mellizos me acompañaba, vigilando todos mis movimientos. Aprovechando un descuido suyo rompí a correr como loco.

Mentiría si no dijera que me sorprendí bastante cuando Álex, Irma y los galgos aparecieron de la nada y me cortaron el paso. Se veían muy satisfechos de sí mismos los desgraciados. Alcancé a preguntar que porqué lo hacían... jugar al gato y al ratón hasta el final, si podrían haberme cazado el primer día en el bosque. La pregunta pareció divertirles. “Estos humanos no entienden nada”, señaló con una risita molesta detrás de mí uno de los mellizos. “Nuestro protocolo es unirnos a diversos rebaños humanos y atraerlos a la empalizada, para ser sacrificados y luego exhibidos a la inteligencia colectiva”. Resumió, como si ello explicara algo. Irma pareció captar mi desconcierto y agregó: “El algoritmo que nos guía nos ordena mantener a lo menos un ser humano vivo hasta el final. Como este año no cruzó nadie más, tenías garantizada tu supervivencia hasta el último tramo”.

Si deben escoger entre el bosque y las cloacas, les recomiendo encarecidamente el bosque, porque en las alcantarillas hay cosas todavía peores. Lo sé, tuve la desgracia de morir ahí una vez... ¡Puj!

Ahora que estoy viejo puedo contaros que una vez —solo una vez— amé a una mujer. Y para mi desgracia luego de ella, las que siguieron sencillamente ante mis ojos apenas parecían sombras de su sombra. Y creerás que mi edad me conduce a perderme y a exagerar, pero *HUana* se volvió leyenda.

Y así es como empezó todo, el mismo día ese tan extraño en que encontramos miles de abejas muertas. Y no tardó mucho en empeorar. La tierra se puso magra, el ganado enfermó, los tomates se pudrieron mucho antes de madurar.

*HUana* era la hija del jefe, por lo que tenía voz en el consejo —Yo era nadie, y cincuenta años después sigo siéndolo—. Pero yo podría haberla hecho feliz, o medianamente feliz, y no completamente infeliz, como acabó siendo...

Pero divago y me alejo del tema. *HUana* sabía la respuesta a la pregunta que todos nos hacíamos, mas nadie quiso oírla, y yo que estaba dispuesto a escucharla y creerla; a ella precisamente a mí, no le interesaba contarme. Yo podría haberla acompañado en su viaje, aligerar su carga, ser su escudo y su espada. Yo habría dado media vida por marchar tras ella en ese extraño viaje que acabó haciendo. Porque una mañana, aburrida y exasperada, casi fundida en ira —aunque era solo una muchacha su carácter rivalizaba con la de cualquier señor de clan—, así un día robó la mejor canoa y se lanzó al Azul completamente sola. Temprano se empezó a expandir el rumor de que la muchacha había ido en persona a arreglar el entuerto que seguro existía con los dioses. Nadie pudo detenerla, evidentemente, pues ella siempre se adelantaba a los planes de todo mundo. Así que seguro se había marchado con algo preparado.

Gran consuelo... yo solo me quería matar.

Las semanas pasaron. Tres meses pasaron y las cosechas fueron un asco absoluto. La tierra seguía negra y muerta. La gente estaba cada día más preocupada. Ni el más precavido tenía almacén o granos suficientes para aguantar hasta el siguiente invierno.

Una tarde cualquiera y cual cuento de hadas, escuché: “ha vuelto”, y supe que era ella. Y así fue. Y con ella regresó el perfume del bosque, la lluvia clara y fresca, el sabor a la fruta y el color al campo. Así fue y puedo jurarlo ante cualquiera, eso así aconteció. Se convirtió ella entonces en nuestra primera princesa, y prontamente después ya era nuestra verdadera reina. Y pese a saber que merece eso y más —yo le habría dado todo, si todo hubiera tenido—, así todavía no estaba yo contento, ni por ella, ni por mí. No solo acababa de cumplir los veinte el día que me enteré de todo esto, también acabé por perderla para siempre. Antes solo la quería yo. Ahora la querían todos.

Pero aunque ella no hubiera sido nadie (y entonces sé que debo detener esta cabeza chocha, pues ella era alguien, ella era la salvadora de la isla completa) y no hubiera partido el pan junto a dioses y espíritus, ni viajado por encima y por debajo del Gran Azul; así y todo su destino habría desbordado con mucho al mío.

La vi el otro día... tan gris, tan seca. Tan triste pese a su juventud eterna.

Y ahora que estoy muerto puedo contaros sobre *HUami*, el semidiós, y como apareció en la isla un día, que no era cualquiera día ni mucho menos. *HUami* llegó cuando murió *HUana*, a quien la muerte tenía prohibido tocar, ya que los dioses inmortales le habían concedido esa gracia. Pero la muerte se había enamorado de mi *HUana*, y su palabra siempre es la última en hacerse oír.

Así entonces mi amada *HUana* menguó y se fatigó hasta consumirse por entero.

Terribles resultaron aquellos días, que crecieron hasta acumular semanas de miseria. Y cuando finalmente durmió el gran sueño, *HUami* apareció. Llegó oculto en el viento, nadie le vio pasar, más apenas reveló su presencia a nuestros ojos, el rumor de su arribo se extendió como brisa en hierba y la aldea completa salió a recibirle y colmarle de regalos. Pero el divino *HUami* no estaba para homenajes aquel aciago día, pues la pérdida de *HUana* atormentaba a su corazón. Con pavora y asombro nos fue revelado que la leyenda en torno a nuestra reina *HUana* era cierta: había ella caminado junto a semidioses. La misma *Aena* le prestó ayuda cuando, tras cabalgar el *Azgul*, las negras olas de éste quisieron romper las alas de su blanca nave.

Aunque la revelación más grande de todas era la presencia de *HUami* en la isla, quien derramó lágrimas de negra sangre, oscura como brea espesa, sobre el lecho en el cual velábamos el último sueño de nuestra soberana.

Pero un semidiós no es un hombre, y no ama como tal. El amor de *HUami* no se extinguió con la muerte de su amada. No mermó lentamente o se convirtió en recuerdo, sino y por el contrario creció de manera atroz y terrible con el tiempo, se retorció en su desesperación, se alimentó de amargura y enojo. La pérdida de *HUana* sumió a *HUami* en colérico desprecio, que duro noventa y nueve días de barbarie en torno al mar infinito y sus islas. El día número cien regresó a nuestra aldea...

¿Qué negro y oscuro pensamiento arrastró nuevamente a aquel demonio hasta nuestras costas? Nunca lo sabré, porque viejo y ya cumplidos yo también las edades de rebalse, sobrecargado en ira tremenda le salí al encuentro.

Enfrentarse a un semidiós iracundo es estúpido —no importa cuánto escueza tu sangre y tu corazón—; pero ofrece una satisfacción particularmente insana, que no por ello es menos alegre.

Lo sé, yo morí así una vez...

## De turista y en bata

No contratéis nunca un *Cüarguen*... lo que de ellos se dice es cierto; te dejan tirado en cualquier momento. Yo contraté uno como guía anoche. Pues resulta que no había pasado ni el medio día y una hembra de su clan entró en celo.

Fue increíble. El espinazo se le electrificó como a un maldito gato sin pelo. Realmente horrible (bajo cánones humanos, claro). Luego salió disparado. Yo le grité: “¡Hey, adonde vas! ¡Aún tienes que llevarme hasta el otro lado del *Wabömba*!”

Se volvió apenas un segundo a mirarme con ambos ojos fuera de sus órbitas enrojecidas; y me soltó:

*“Amigö, tu sabes que yo vivo únicamente esperando este momento. Es la razón por la cual existo. Lamento los problemas que pueda ocasionarte, pero he de ir a batirme en duelo con cualquier otro macho de mi especie que se presente. El alfa resultante podrá copular con la hembra. Ella sólo aceptará al alfa.”*

Y se largó el muy bastardo, dejándome tirado y a merced de *Wabömba*... y yo de turista y en bata.

Háganse un favor y sencillamente no contraten *Cüarguen's*, los abandonan en lugares insólitos; como el maldito infierno eufemísticamente llamado *Wabömba*.

Lo sé, yo morí ahí una vez...

## Canela

No sabiendo bien como empezar, empezaré por el final... estoy muriendo, o más exactamente me están asesinando. Ocho horas creo que ya ha durado mi agonía y la de mi mortal enemigo, el *hempata* que me está cazando en estos instantes.

Para quien no sepa qué es un *hempata*, le diré que se trata de una especie de pez aéreo nativo del Cinturón de *Maxwell*, que no tiene más chiste que ser una criatura empático/telepática. Todo eso sabía yo cuando me decidí a bucear por los espesos cielos verdes de *Maxwell 4*. Lo que no sabía era que su telepática era rugosa, y que esto le permitía fácilmente penetrar mi corteza cerebral y licuar a su antojo mi memoria.

Tampoco estaba al tanto de su tamaño, o de que fueran omnívoros de insaciable apetito. Infatigable él, no me ha dado descanso ni tregua. Me está jodiendo en serio... resulta que al parecer son capaces de estimular ciertas zonas del cerebro —mi cerebro—, haciendo saltar a placer regiones enteras de neuronas al azar. Y esto que suena tan bonito y espacioso, se siente vertiginoso, como bajar corriendo una escalera del colegio a los 6 años, pero sintiendo en el cuerpo la ingravidez de alguien que sube, pues se encuentra a 3 kilómetros de altura, flotando inmerso en un océano calipso tan alto, que casi roza la luna más próxima. Y el tiempo también se ve alterado... y empiezas a tener mucho miedo, ya que comienzas a entender que lo que te rodea es lo que tus sentidos te dicen. Ellos escanean la realidad y luego te informan. Pero si tus sentidos están siendo engañados, la realidad cambiará por completo. Un maldito cóctel químico. El *hempata* no necesita inyectarme una toxina para alterar mi metabolismo interno y/o liberar endorfinas y más a placer, no con mi cerebro ya estimulado de acción desbordante y frenética, lanzando todo tipo de impulsos que el resto de mi cuerpo acepta obedientemente, como está acostumbrado a hacer. Como decía, el tiempo interno en mi cabeza tampoco concuerda con la lógica o la razón. Ya sea puro azar o asombrosa evolución, siendo ya un adulto debiera sentirme fuerte y grande, y aunque conscientemente entiendo que tengo más de treinta años, lo cierto es que mi organismo cree y sentencia que estoy en primero básico y tengo seis años de edad, en tanto merodea en torno a mí un horrible pez carnívoro, de un maldito mundo exterior al que tuve la ocurrencia de venir de negocios.

Fabuloso, ¿no?

Y a medida que transcurren los minutos y luego también las horas, y comienzo a perder el sentido de lo que es real, de lo que no, pienso en lo listos que son estos *hempatas*, pues en la lluvia constante de estímulos y recuerdos de mi corteza cerebral, que estalla en este baile alucinógeno que produce el ataque empático-telepático de mi predador, ya comienzan a orquestarse cosas más complejas y elaboradas que el demencial olor a canela de un postre de la abuela, sudor de un día de verano en el tren subterráneo, mi ex profesor de matemática gritando furibundo, y el temblor incontrolable de aquella vez que casi me congeló en el planeta rojo, aunque eso sí, contemplando mis manos en la ducha y un agua sin forma, espesor o sonido, deslizándose por entre mis dedos. Ahora ya todos los estímulos que mi cerebro es capaz de idear y mis sentidos de recoger, se perfilan de un modo más creíble y relacionado, ahora el algodón de azúcar sabe a dulce, y no a cepillado de dientes; ahora los caminos conducen a lugares...

Mi conciencia se desvanece. El pez ese cada vez está más cerca, mientras yo divago contando estrellas y nombrando constelaciones —¡Ahí está Casiopea!—, mis cálculos dicen que le ha tomado entre 8 y 9 horas devastar mi sistema nervioso central y reducirme a una presa

indefensa. ¡Pero qué digo! ¡Nunca me había sentido mejor en toda mi vida! Tendré que morir mañana, pues se me hace tarde y el tren está a punto de despegar...

No voy a mentirles, da harto asco la idea de morir así, tragado por un repulsivo pez en un mundo alienígena y hostil. Lo sé... ¡Ah!... ¡Huele a canela!

## El buen envenenador

Había una vez un envenenador molesto,  
por esa manía constante de la gente a desconfiar

[como si uno los fuera a envenenar].

Cada vez que a la víctima de turno visitaba,  
ofrecía su santa copa envenenada;  
y la gente —por supuesto— declinaba.

Tomaba él una pequeña dosis entonces

[guiñando un ojo travieso]

La víctima se alegraba y bebía extasiada,  
aunque luego muriera envenenada...

El buen envenenador se jactaba  
de a su propio veneno inmune haberse vuelto,  
mataba una vez al mes, y su mesada cobraba.

Hubo un día de asesinar a un sargento,

lo que no tiene mucho cuento;

más ese día murió por su propio veneno,  
envenenado, el envenenador.

Porque al décimo goloso trago,  
este cobró su precio, cuota y dolor.

Veneno corto, veneno sordo;

veneno sordo y escueto.

Veneno que no tiene precio,  
pues lo máspreciado ya te lo has llevado.

Lo sé muy bien... pues morí así también.

## Descabezados [panfleto]

*“Descabezad a esta mujer, descabezad a este hombre, pues claramente no usan su buen cerebro para pensar por sí mismos.”*

“POR CUARTA VEZ LOS CUATRO FANTASTICUATROS 4”... El anuncio retina se pierde, se queda atrás murmurando hasta mezclarse y confundirse con el ruido de la ciudad. Yo voy al trabajo, siempre estoy yendo al trabajo y comienzo a preguntarme si algún día llegaré, o si seré al menos capaz de girarme y de regresar a casa (bajo el supuesto de que tal lugar exista realmente).

La vida de cualquier descabezado es un poco como aquel anuncio refrito de la cartelera de cine. Por cuarta vez los cuatro, cuatro, y otra vez cuatro... siempre cuatro. Un filósofo diría el eterno retorno de lo mismo. Pero cuando te han descabezado, lo mismo siempre es nuevo, y nuevo será la segunda y la tercera vez, siempre nuevo, maldita y condenadamente nuevo: primicia, estreno, apertura, inauguración, lanzamiento o simplemente primera temporada. Nunca te aburres siendo un descabezado, ya sea camino al trabajo o a tu horizonte más cercano. El truco es que hagamos lo que hagamos, estemos donde estemos, nunca dejamos de ser productivos. Somos descabezados, una parte importante de nuestro cerebro ha sido “*portado*”. Y *portado* es el término de moda, si pudiéramos llamarlo por su nombre: “*secuestro*”, entonces sería un crimen, y me temo que no han reescrito todas las leyes de la constitución para que “ellos” terminen siendo delincuentes, ¿verdad? Sería tan feo como llamar al *crédito con interés*, usura; palabra horrible donde las haya...

La parte más valiosa de nuestro cerebro ha sido aislada del resto de nuestra mente, y puesta a disposición de ese pequeño porcentaje de individuos que controlan el sistema mundial. El Imperium decidió un día que nosotros usábamos incorrectamente la maquina pensante más poderosa que la evolución logró crear. No le dábamos un buen uso, dijeron, y se arrogaron a sí mismos la capacidad y el derecho para interferir y robar nuestra capacidad cognitiva. ¿Qué hacen con todo el terrible e incomparable potencial que la mente del ser humano es capaz de ejercer? No lo sabemos ¡Sólo somos descabezados! Amputaron y redirigieron nuestra gnosis al proyecto que ellos llaman Zeus. Y este creció y se comió el mundo.

Y nadie de los que conozcas se enteró tampoco...

El caso es que yo ya me he descompuesto. Soy consciente de estar descabezado, y ellos, aun lamentándolo mucho, tendrán que prescindir y renunciar a mi memoria y a la aceleración que mi cerebro aporta al monstruoso ordenador cuántico. Yo estoy consciente –ergo defectuoso– y aunque el sistema se ralentizará cuando me desechen, el riesgo de dejarme dentro es demasiado alto. No hay alternativa y debo ser desconectado. Perder un descabezado siempre duele al sistema, su avaricia hace que cada merma, por minúscula que sea, resulte dolorosa en extremo. Alguien perderá su puesto por esto y yo moriré una vez más. ¿Y adivinan? Sí, ya me habían matado así una vez, chico listo...

## Drakaq

Criaturas terribles los drakaq cuando atacan, volando y escupiendo fuego al mismo tiempo. Ese fuego horroroso, medio líquido, pastoso y ardiente. Y la brisa arrastra hasta tu olfato el olor a pelo quemado y carne asada. Y de pronto adviertes que dos filas completas de hombres han desaparecido transformados en leños ardientes, caídos en el suelo como si llevaran ahí ya tres horas consumiéndose, solo que apenas treinta segundos atrás aún eran seres humanos y gozaban de excelente salud, y ahora el viento basta para arrastrar lejos sus cenizas blanquecinas. Porque el fuego del drakaq seguirá ardiendo en ellos... y no dejará de hacerlo hasta haberles consumido por entero, que precisamente eso hace el fuego del maldito... dura apenas un chispazo, pero alcanzas a sentir que te cocinas en tu propia salsa, en tanto tu otrora brillante armadura se derrite en torno a tu piel despellejada, como una apretada mortaja que ya ningún dios podrá separar de tu cadáver calcinado,

Lo verdaderamente triste es que incluso así, reducido a una turba compacta, grasosa y mal oliente, los hombres continúan vivos, aunque muy poco quede de ellos. ¿Y cómo es posible este tormento? Nadie lo sabe... magia negra, como negro fuego.

Y pueden pasar horas, incluso días consumidos y abrasados por dentro. Los de afuera, los vivos, nada saben de esto, y en su inconsciencia orquestan funerales, ritos, túmulos y hasta entierros para los cenicientos huesos de quienes han caído, y a quienes creen rendir tributo. Sus desconsoladas viudas cortan su cabellera en señal de duelo, y escuchan el llanto amargo de padres y hermanos, al lanzar otra palada de tierra sobre ellos.

¡Y gritas! Vaya si gritas tratando de hacerte oír. Pero los sin boca o garganta poco pueden cantar un lamento, y los sin ojos no alcanzan a atisbar una última vez a sus deudos. El fuego del drakaq es una centella que dura un parpadeo, y así creen los vivos que mata.

Entretanto yo quizá llevo semanas bajo tierra esperando a la muerte, que una vez más se demora...

## Gallinas, lobos y corderos

Atacaron de noche, de la ciudadela venían y eran muchos. Ya en aquel entonces era una fortaleza imponente, y pronto contaría con el más triste y célebre de los ejércitos.

No fue difícil para ellos vulnerar la aldea, matar a quienes se oponían, y luego robarse lo más preciado. Yo fui de los afortunados... yo no tenía hijos. A mí no pudieron quitarme nada. Pero las madres ¡Oh! ¡Las madres! Aún recuerdo los gritos, los alaridos y el llanto quejumbroso que sobrevino después, que se alargó durante semanas, meses, años. Arrancarle a una madre un hijo es arrancarle la vida, la carne y la sangre de los huesos.

Volvieron apenas cinco años después. Pero se marcharon defraudados... no había niños que robar entonces; ni otros cinco puntuales años después de esos. En la aldea ya nadie se atrevía a tener hijos. Luego las vandálicas incursiones cesaron tan abruptamente como habían comenzado. De lejos observábamos a la ciudadela crecer y engordar, nutrirse de nuestros árboles y nuestros pastos y alimentar esos muros de roca infranqueable. Hasta donde alcanzaba la vista, nada atravesaba esa barrera, salvo escasos rumores que no hay quien detenga. Mitos e historias relacionados con el rey maldito, que ya contaba sesenta años y celebraba la incubación real de su ejército imperial dorado.

Su ejército estaba concluido. La ciudadela atacaría pronto, quizá al terminar el invierno, la ciudad de Ofar. A nosotros, grises ancianos, atrapados en medio de ese absurdo duelo de poder entre aquellas dos potencias, no podía importarnos menos el desenlace de aquel conflicto. Pero el destino teje su telaraña absurda...

La ciudadela necesitaba probar aquel ejército invencible, quizá poner su jactancioso nombre a prueba, no lo sabía entonces, pero luego bien pronto lo comprendí. Su plan consistía en enviar al "bautismo de fuego" a las nuevas crías de su legión de honor, contra nosotros, antes de lanzar su ejército pleno contra la bien amurallada *Ofar; ciudad de navegantes rica en oro*. Y hacia nosotros apuntaron sus dardos y sus lanzas. Hacia nosotros, que estábamos viejos y ansiosos de morir incluso. Las pesadas puertas chirriaron estruendosamente cuando se abrieron y soltaron lo que parecía ser una manada de ataque. Se precipitaron contra nuestras chozas.

¡Si los hubierais visto aquel día! Salieron presurosos a recibir al ejército del rey loco. Diez minutos les tomó a estos entrenados guerreros comprender que atravesaban y empalaban a sus propios padres... Los viejos en cambio no dudaron un segundo, no se equivocaron tampoco y reconocieron siempre y de inmediato a cada una de sus crías. Cada gallina abrazó a su polluelo; cada lobo mordió a su cordero...

Yo no tuve suerte y todavía viví un año... la muerte no quería llevarme... Creo que aquella vez solo morí de viejo.

## Eslabón perdido [comodín]

Uug extraña gran-fuego.

Uug ahora ser “blanco-pelo”, y Tribu decir que ellos no prender fuego-viejo.

Uug no habla de fuego-cueva, hablar de fuego-Luna-Llena; Diosa-Luna. Fuego-cueva Uug tenerla en noche-simple: ¡Uug pertenecer a tribu y tribu pertenecer a Uug!, y ¡fuego pertenecer a tribu! No se niega a hombre. No se niega a mujer. A todos pertenecer fuego excepto los no-tribu, ellos no fuego.

Uug extraña Luna-Llena. Noche bonita. Especial. Todos los hombres de tribu beber y alegrarse. Luego beber más... y más y ¿más? Pero ellos cansados y felices; Uug también feliz antes, cuando él todavía ser piel-buena y negro-pelo.

El plan es que cuando ser Noche-Luna, tribu burlar al padre-Sol. Salir todos muy temprano, cuando padre-Sol aun dormir tras la montaña. Hombres-tribu llevar hacha e ir todos al bosque. Hombres cortar y juntar mucha-mucha leña. Mucho-mucho jaloí y grasa coe-co. Así gran fogata no apagarse aunque agua-nube caiga del cielo hasta doblar los pastos.

Mujeres adornar fogata; ¡todo lleno de lindas-piedras!

Y adornarse ellas también. Hombres hacer bromas aquel día. Mujeres hacer bromas aquel día. Todos felices. Reír cuando noche llega y luna sale completa. Ya no ser Diosa, ahora ser reina. Ser tocable con mano y poder sentirla...

Y hombres prender gran fuego, gran hoguera, esa noche los hombres vestirse de Sol. Hombres hacer “gran-fogata” para atraer a diosa Luna. Fuego ser tan grande, que Luna confundir a hombres de tribu con gran padre Sol. Luna sonríe. Luna baja del cielo, entra en mujeres e invita también dentro. Esa noche tribu-fuego burlar a padre-Sol.

Uug extraña ese gran-fuego... pero Uug viejo y conformarse con fuego de cueva. Uug portarse bien y ayudar a construir templo y laberinto. Si portar mal, tribu quitar fuego y ya no más tribu. Ser entonces un sin-tribu y morir. Uug saberlo... Uug saberlo...

## Ur

Una vez la muerte se ensañó conmigo. Ur aún era joven, una ciudad que no cargaba maldición alguna. Y nosotros nos creíamos los primeros hombres, y creíamos a Ur la primera ciudad.

El Gran-Rey de la divina Ur llamó a su presencia al más humilde de sus siervos, y así me habló aquel aciago día: “Te dirigirás río arriba, siguiendo al dios río Tigris, al dios río Éufrates. Te daré mis mejores caballos, mis mejores huestes quedaran a tu disposición y bajo tu mando, pues cuando al oráculo consulté, tras ofrecer excelsos sacrificios, éste pronunció tu nombre diciendo: él es quien debe enfrentar al demonio disfrazado de hombre, al genocida y señor de la guerra, Enki”.

Me envió el gran rey, el todopoderoso hombre-dios. Me envió a mí, su fiel sirviente, a realizar la tarea imposible de vencer y derrotar a Enki, adversario supremo. Y ciego de lealtad, así este humilde siervo obedeció y acató. Se decía que nadie podía sobrevivir a Enki, aunque eso no fuera cierto... los hombres enviados a matarle se contaban por cientos, es verdad, y ninguno volvía. Pero no era Enki quien los mataba y convertía en pasto de perros y buitres, sino el desquiciado viaje río arriba, siguiendo el Tigris y el Éufrates. El propio viaje, largo, eterno, desorbitante y siniestro, era lo que volvía a cada hombre un enemigo de sí mismo, tornando estiércol sus mientes. Y yo no fui la excepción.

Cuando tras mil penurias y miserias, finalmente me presenté ante el demonio, el viaje infernal me había delatado y hundido, y mis bravos camaradas habían caído conmigo. ¡Locos, todos locos! Cuando arribamos a las costas de su templo yo era ya tan perverso como él, igual de corrupto y enfermo de negra *kerr*.

Y cuando estuve frente a Enki, encaré al demonio y así le hablé:

— ¡Cara de perro! Treinta buenos hombres murieron por tu causa. Y sus vidas, como mínimo valían lo mismo que la tuya, y como máximo no me atrevo siquiera a calcularlo... ¿Y esto es todo? ¿A esto le temen los hombres, a un montón de carne errante y perdida, a uno que se extravió persiguiendo su propia sombra? Tú no eres un dios, tú no eres un demonio. Mañana morirás... y los hijos de los hombres libres ni cuenta se habrán dado.

Entonces el demonio apodado Enki lloró amargas lágrimas, pues yo hablaba con verdad, y pese a todo su ímpetu, mi lanza soltaría sus miembros y la oscuridad velaría sus ojos. Así estaba escrito en las estrellas. Y Enki no soportó el embate de mi espada ni la firmeza de mi escudo. Y cayó ante mí un hombre que ya no era hombre o dios.

Pero el nombre de Enki es inextinguible como fuego, que aunque débil y enfermizo, basta con revolver sus brasas y soplar aliento de vida en los rescoldos, para que arda la llama inmensa una vez más... Maté y morí ese día, y aún otros muchos días. La sacerdotisa negra, la espantosa Ony, hija de la noche, me devolvía la vida una y otra vez, pues había inscrito mi nombre verdadero en la tablilla de barro sagrada. Enki seguiría riendo con siniestra risa la suerte de los pobres diablos que vinieran río arriba buscándole.

Mi escudo, mis grebas y mi coraza no regresarán nunca a Ur, ya mi nombre está apartado y perdido, pues tengo uno nuevo, sellado en sangre y barro por mi amada Ony. Y desde la joven ciudad de Ur aún acuden en cada solsticio bravos hombres a desafiarme, y yo río entonces mi risa más salvaje.

## FIN DE LA ENAMORADA MUERTE

## Serafines [bonus]

Pongo la correa al perro, que mueve la cola con entusiasmo. Respiro profundo y salgo a la calle y los dientes me castañetean de puro miedo, no intento disimular mi temor creciente, al contrario, igual que el perro a mi lado, olisqueo el aire, nervioso y excitado a partes iguales. Si quedara un dios al cual rezarle, le encomendaría mi vida y elevaría alguna plegaria tonta para que me concediera no transformarme en presa: líbrame de los *serafines*, buen Dios... no dejes que me lleven a su madriguera y me coman, buen Dios...

Los pocos amigos que van quedando vivos no lo entienden. “¡Es estúpido!” —machacan de continuo— “¿Por qué lo haces? ¿Quieres que te atrapen?”. Pero el perro tiene que orinar también... y además mi hija adora al *chucho* ese, y aún es demasiado pequeña para entender el temible destino que sufren aquellos sorprendidos por un *serafín*, de hecho los encuentra hermosos. A su edad es incomprensible que algo bello pueda resultar peligroso en modo alguno. Y admitámoslo, es difícil no concordar con ella, los serafines pueden ser tremendamente cautivadores. Algunos piensan que precisamente en ello radica el secreto de su mortal éxito como especie.

La calle está tranquila, casi muerta ahora que el vecindario ha sido abandonado; todos los vecindarios lo han sido y el mundo se presenta como un enorme parque desierto. Mientras el perro se detiene frente a un arbusto cualquiera, recuerdo las historias que me contaba mi padre, de cuando el mundo estaba lleno de personas y la civilización humana alcanzaba la cúspide; el homínido a cargo de todo, en la cima de la pirámide como máximo depredador. Apenas recuerdo nada de esto, yo y quienes crecieron a mi lado lo hicimos ya ocultándonos en las sombras, asustados y vigilantes. Tengo casi 30 años y he tenido que crecer rápido y alerta, pues el mundo de mi padre y de mi abuelo ha desaparecido para siempre. El mundo pertenece a una nueva especie ahora, una que se acomoda y sienta en el trono de la evolución. Los llamamos Serafines. No sabemos bien de donde diablos salieron, pero cuando aún quedaba gente que podía investigarlos, cuando aún teníamos la capacidad de montar laboratorios, se llegó a aceptar la teoría de que se encontraban en estado de hibernación, una larguísima hibernación bajo el casquete polar, y que un día cualquiera, quizá debido al cambio climático, despertaron de su sueño milenar, como tardígrados inmortales; solo que tan grandes como un caballo adulto, listos y además carnívoros. Al comienzo eran escasos y se los quiso considerar inofensivos. Claro, si te descuidabas te comían de un bocado, pero no parecían peores que un león o un tiburón... cualquier depredador grande se comerá a un humano si tiene la oportunidad. Y de tan hermosos que eran hasta intentaron domesticarlos... y venían a comerse nuestro mundo.

Se adaptaron con rapidez asombrosa a las ciudades, hicieron sus nidos en las alturas, en edificios que rápidamente debieron ser evacuados, allí se reprodujeron con presteza y abundancia, mientras cazaban todo aquello que tenía la desdicha de estar a su alcance. Voraces en extremo, nosotros resultábamos lentos, torpes y débiles, y rápidamente nos transformamos en sus presas predilectas. Nuestra avanzada tecnología apenas si nos brindó ayuda o un respiro. Elegantes, ágiles y además mucho más inteligentes que el animal promedio, los Serafines evadieron nuestras trampas, su sistema pronto los inmunizó contra el armamento químico, y cómo rápidamente migraron a las ciudades en busca de alimento, el armamento pesado: misiles, bombardeos, bombas de cualquier calibre, no podían usarse contra ellos, sin diezmar a los civiles al mismo tiempo.

Yo no he visto ninguno con mis propios ojos, excepto aquel que distinguí cuando el

cachorro, eufórico, escapó de mi lado para perseguir quien sabe qué. Salí corriendo tras él y entonces lo vi; una silueta fulgurante, radiante y hermosa, aparcada en la esquina próxima, arriba de un tejado. Tenía un cuerpo esbelto, como el de una gacela en movimiento; y alas desplegadas como una esfinge o libélula. Un rostro casi piadoso de tan perfecto. Me quedé helado ahí mismo, aturdido por su belleza y hermetismo.

Entonces, sólo entonces recordé, que no había muerto así ninguna vez...

## Epilogo minúsculo

*“Corazón de Tormenta dijo: ¡Cántale si tanto desea oír!”*

—Ahora dime, muchacho, ¿es cierto eso de que anduviste por el castillo de Cagliostro?

—Sí —respondí a mi vez. No se me ocurría nada que agregar a eso, así que nada agregué.

—Y cuéntame, ¿es peligroso?

—Por supuesto que es peligroso. Es un lugar lleno de trampas. Un laberinto. Imposible ordenar los pensamientos y no perderse.

—Ya veo...

Mi interrogador, mi confesor, o como deseen llamarlo; un enviado especial de Ciudad del Vaticano (que fingía ser abad) intentaba sonsacarme desesperadamente todo lo que pudiera del dichoso castillo. Y yo, por mi parte, podía ganarme su favor y salir del complicado aprieto en el que estaba metido (no quería que mi caso llegara hasta la inquisición). Además, después de todo no le debía nada al tal Cagliostro, excepto quizá la miseria de vivir mil muertes.

—Entonces —dijo mi interlocutor, hombre despierto—, ¿cuántas veces moriste en aquel sitio? ¿Es verdad que se muere?

—No —respondí—, ahí no se muere nunca, ese es el propósito.

—¡Ah! Entiendo —dijo el paisano, sin enterarse de nada—. No puedes morir. Pero de hacerlo, ¿cuántas veces habrían sido?

—Primero, el laberinto no es de Cagliostro, él solo ha sabido sacarle ventaja y provecho; el laberinto es mucho más antiguo que eso (no sé cuánto) y los antepasados del conde se limitaron a construir justo encima el castillo. Segundo, y ahora sí respondiendo a su pregunta: si el laberinto de Cagliostro matara, indudablemente yo, y cualquier otro, moriríamos casi de inmediato.

—Sí claro, pero ¿cuántas veces? —insistió el pobre diablo, queriendo llevar a su patrón la noticia.

Lo que no dije aquella vez, fue que en la oscura inmensidad del laberinto, la muerte doblaba el tiempo, como un salmo cantado cuatro veces cuatro... En lugar de eso respondí:

—Ingenuo abad, la cantidad no es para nada importante; cuando la muerte se enamora de ti, no se cuentan dos...

# ÍNDICE

## LA ENAMORADA MUERTE

Bosque o cloaca

HUana y HUami

De turista y en bata

Canela

El buen envenenador

Descabezados [panfleto]

Drakaq

Gallinas, lobos y corderos

Eslabón perdido [comodín]

Ur

Serafines [bonus]

Epilogo minúsculo